

PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO
DIRECTOR DE ACONTECIMIENTO

La persona, ser vulnerable

El humanismo nos ha acostumbrado a mirar al hombre como la máxima perfección del universo, de tal manera que nuestra imagen del hombre es la de un ser admirable que se mide por modelos sin defectos. Esa mirada tiende a reconocer la humanidad como evidente cuando la persona concreta se parece al modelo. Sobre el fondo de nuestros juicios tendremos la imagen física del canon griego, la salud de hierro, la agilidad y brillantez de la inteligencia, los rasgos psicológicos equilibrados de la persona sensata y mesurada, el despliegue de las virtudes morales, la riqueza del carácter y, además, bajo la influencia de la mentalidad burguesa la holgura y solvencia económicas, la seguridad de la instalación social y el renombre social.

Un test basado en esas características, que se aplicara a cada persona, dejaría a la mayor parte de la humanidad fuera de catálogo, pues rara sería la persona que obtuviera una nota de aprobado en todos estos y otros rasgos que componen la figura del ser humano ideal. Entonces cabe preguntarse quién ha visto a un ser humano ideal. Joseph de Maistre tenía algo de razón cuando rechazaba la idea del «hombre» como abstracción, él, decía, había visto franceses, alemanes, españoles, etc., pero que al hombre no lo había visto jamás, y si es que existía era a sus espaldas. Igualmente, podemos decir que hemos visto a desgraciados, extraviados, lisiados, deficientes mentales, desequilibrados psíquicos, corruptos, desempleados, trabajadores precarios, gentes sin carácter, pobres de solemnidad y a multitud de forzados reclutas de la famélica legión de los desheredados de la tierra. Al hombre ideal, autónomo y capaz de salir airoso de toda adversidad externa y de la que anida en sí mismo, a ese no lo conocemos y, si existe, es a nuestras espaldas.

Esto nos hace pensar que por una vez deberíamos cambiar de óptica y mirar al ser humano, por dentro y por fuera, desde el punto de vista de la precariedad de su ser, ya sea intrínseca o sobrevenida. El ser uno, bueno, bello, eterno, impoluto, apolíneo y tantas cosas más de las filosofías de estirpe idealista, resulta que se manifiesta como existente en fragilidad, precariedad, pe-

nuria y limitación. El realismo, al que se le ha caído la venda de los ojos, descubre que la realidad lejos de ser maciza está llena de grietas, que para la vida del hombre son peligrosos obstáculos y amenazas continuas. Por eso es necesario un pensamiento realista que se haga cargo de la persona como ser imperfecto, que abunda en carencias y penurias, en males y dolores, limitado y efímero, cuya marcha hacia una difícil perfección, cuando llega a intuirlo, transcurre sobre un camino lleno de dificultades y sinsabores, en el que cada avance nunca es una conquista definitiva, sino que más bien está siempre bajo el riesgo de un dramático retroceso.

La humanidad herida, ofendida, humillada será la piedra de toque para un pensamiento que de verdad quiera servir al hombre. Pensar a la humanidad desde la perfección puede tener como consecuencia la filosofía del superhombre con su corolario de desprecio del hombre realmente existente. Por eso, Nietzsche declaraba que la compasión era su peor tentación, la que podía apartar a los pueblos de su destino de producir excelentes ejemplares de grandes hombres.

Por eso nosotros reclamamos atención a la endémica vulnerabilidad de todos los hombres, la característica más común a todos, y la que más nos hermana y nos invoca a ejercer una compasión que, más tarde o más temprano, también nosotros inspiraremos.

La consideración de la vulnerabilidad humana ofrece un punto de partida para un programa filosófico, pero también para un programa social, económico y político. Aquí sólo es posible ofrecer unas pinceladas para llamar la atención sobre la necesidad de esta mirada en profundidad a los abismos de la persona. A partir de esta mirada y toma de conciencia es posible mejorar muchas actividades humanas necesitadas de una más profunda humanización, entre ellas las actividades sanitarias, educativas y de asistencia social.

La vulnerabilidad de la persona, entendida y asumida, nos hace sensibles a la persona del otro, especialmente como ser que necesita de los demás, y más concretamente de nosotros, por eso nos debe llevar de manera lógica a extremar la atención hacia el cuidado de las personas, de todas las personas y de la totalidad de sus facetas humanas esenciales. 